

oráculos; de la ignorada India, su verdadero santuario. Después de haber pasado por los desiertos mongoles, después de haber asistido á la cuna del género humano en el paraíso llamado Kabul, después de haber mezclado en sus venas la savia de todos los primitivos árboles, después de haber departido con las viejas divinidades, entra en la India, donde salen á recibirle mozos agitando en sus manos incensarios de oro, guardias que llevan ramas floridas pobladas por canoros pájaros, mujeres que le abren palacios; cuyas puertas giran sobre goznes de esmeraldas, dioses ante los cuales parecen niños los dioses de Grecia, brahmanes sabedores de los primeros misterios; magos que acercan el cielo á la tierra; reveladores de ideas desconocidas y provenientes de templos que se dirían fundados sobre la eternidad, surgiendo á sus ojos un mundo, aunque antiguo, tan extraño por su ancianidad como por su juventud fuera extraño el Nuevo Mundo á los ojos de sus descubridores. ¡Oh! Si no estuvieran tan cerca de nosotros sus días; si los tiempos suyos no fuesen tan históricos cual nuestros mismos tiempos, apenas creeríamos el relato de todos estos hechos, tomándolos, en verdad, por fábulas inverosímiles y absurdas. Pero este hombre que se detiene al entrar en Asia, como si entrara en viejo templo, y se desnuda como los atletas del Olimpia en el sepulcro de Aquiles sobre la tierra de Frigia, regada con la sangre de sus padres; y despide ideas en los combates como un árbol frutas ó aromas; y entra con igual respeto religioso en los templos del desierto líbico que en los templos de la sacra Palestina; y lleva en su manto el polvo de las soledades monoteístas, donde truena el Sinaí para sacudirlo sobre los verjeles de la India donde naciera el paganismo; y ofrece holocaustos; así al Belo persa como al Marte griego y desposa en Susa los héroes de su ejército con las princesas asiáticas, siguiendo todas las ceremonias litúrgicas de los cultos orientales; y trae rapsodas de la Jonia, flautistas de la Frigia, poetas de la Hélade, bufones de la Propóntide, heraldos de la Lidia, y hasta cenobitas de la India para que le sigan; cuando vestido con los trajes litúrgicos de Baco, y acompañado de bacantes ebrias, despide misteriosos oráculos de sus divinos labios, no hace, no, en este sincretismo de razas, de cultos de dioses, de teogonías, de ideas, de ciencias, sino mezclar y confundir el alma de Grecia con el alma de Asia por toda una eternidad. Sin él no refluyera la vida helena sobre aquel inerte Oriente; no quedarán las helénidas establecidas en el cruce de todos los caminos que comunican el Asia con el Occidente; no vinieran los judíos helenos á las orillas del Nilo, y no marcharan los griegos judaizantes á las orillas del Jordán; Alejandria no combinara de ningún modo aquella ecléctica ciencia que luego dominó en los concilios ecuménicos de Constantinopla y en las escuelas árabes de Córdoba; el Verbo Divino, comentado por los discípulos de Platón, tampoco se revelara jamás á los ojos de las muchedumbres, y el Evangelio de San Juan animado por el espíritu de Alejandro, no se hubiera escrito; el Renacimiento mismo no hubiera cincelado las copas florentinas, ni surgido la elocuencia de los inmortales humanistas, ni colgado las cítaras de Píndaro en

los olmos de Italia, ni traído á la vida del fondo de las ruinas los dioses resucitados en una Pascua inmortal, ni repuesto la hermosura helena en los altares del semita Cristo y en las estancias del intolerante Vaticano: que todas estas maravillas, de cuyos efluvios vive aún en su esplendor el espíritu humano, se deben á la religión tan universal é inspirada como el revelador helenismo.

Hemos establecido los servicios prestado por Alejandro á la unidad helena, y de consiguiente á la unidad humana, para mostrar como necesitó de todos estos timbres y de todas estas proezas, cuando quiso que la historia le perdonara el definitivo enterramiento de la República griega, y con todos estos títulos, y todos estos timbres y todas estas proezas, la historia todavía no se lo ha perdonado. Parece imposible que los republicanos de Francia así girondinos cual montañeses, llevarán en su ánimo diluidas las hitorias de Grecia y Roma, por cuyos apartados tiempos creían vivir y nada hubiesen aprendido en su inexperiencia y en su aturdimiento, de las grandes enseñanzas contenidas por una y otra historia, en sus maravillosos anales. Dividirse como se dividieron los republicanos franceses en agrupaciones atomísticas; calumniarse como se calumniaron unos á otros, en libelos infamatorios é incendiarios, perseguirse hasta más allá de la tumba, cebándose no sólo en los cadáveres yertos de sus enemigos difuntos, en su honor y en su historia, para luego querer una República vidivera sobre un voragine de combates y de cadalsos, aparece como suicida locura, la cual sólo podría justificar aquella completa sinceridad interior de los que la tuvieron á costa de su propia existencia. En Roma la República se formó por la unión de los aristócratas y de los plebeyos, contra los reyes etruscos y sin esta unión que tanta fuerza prestó al principio republicano, jamás la República se hubiera establecido y aun después de fundada y establecida, jamás la República se hubiera conservado. El patriciado y el pueblo en porfias nobles, en constantes empeños y litigios de alta jurisprudencia, luchando bajo las leyes y con los instrumentos del derecho, llegaron desde los principios más puros de la libertad, hasta las ideas más igualitarias consentidas por la mente de una sociedad, las cual se fundó antes, mucho antes de que apareciera en el mundo la igualdad cristiana. Los plebeyos porfiando dentro del derecho y los patricios resistiendo con las resistencias permitidas por este mismo derecho, llegaron á una conciliación, á cuya eficacia, resplandecieron las virtudes republicanas en Roma. Sólo sabían los patricios las fórmulas de jurisprudencia y sólo ellos estaban encargados por ende, de formular y aplicar el derecho; mas los plebeyos conociendo cuánto importaba y valía esta prerrogativa, no descansaron hasta obtener el conocimiento de las fórmulas consagradas por la jurisprudencia y así reinar junto á las antiguas clases del privilegio, en los altos tribunales de justicia. Los comicios por curias pertenecían al patriciado, los comicios por tribus á la plebe. El antiguo régimen aristócrata colocó unos comicios sobre otros, pero la plebe supo sin producir un sacudimiento, sin apelar á un tumulto, identificarlos y confundirlos

en el seno insondable de la más amplia democracia. Encastillóse dentro del Senado la vieja nobleza y con un arte verdaderamente político, no pretendió la plebe penetrar en el templo donde hubiese aparecido como rebelde y profana, se quedó á la puerta, pero en la puerta reclamó por medio del tribunado, el derecho de veto, con cuyo poder tenía puesto un freno á las clases altas, imposibilitadísimas de tomar ninguna resolución, ni de moverse siquiera, sin los consentimientos y las sanciones del pueblo. Así por grados fueron llegando á establecer dentro de la flexibilidad republicana, el principio más querido de las democracias y más odiado de las viejas y aristocráticas clases, el principio de igualdad. Así durante mucho tiempo los aristócratas se casaban entre sí; entre sí los plebeyos se casaban, vedados los matrimonios mixtos que pudieran mezclar la sangre de los dioses con la sangre de la plebe. Pero cuando ésta conoció su derecho, cuando estableció su vieja soberanía, cuando reveló en todo su esplendor las fórmulas de jurisprudencia, cuando se sentó á las puertas del Senado personificada en sus gloriosos tribunos, para ejercer su veto, las clases altas y bajas se confundieron en la igualdad del amor, puesto que antes se habían confundido en la igualdad del derecho. Y así reinó aquella República donde los mayores patricios no se desdeñaban de dirigir su yunta y clavar el arado de Rómulo en los surcos del campo latino. Aquella República en que la voluptuosidad y el vicio de los decenviros fueron por el pueblo tan castigados como la voluptuosidad y el vicio de los antiguos Tarquinos; aquella República en que la virtud de sus matronas fundó familias, en las cuales brotaban héroes tan sublimes como Escipión y tan virtuosos como Camilo; aquella república, nunca manchada por la guerra civil, pues todas las competencias pasaban á los votos, sin que se tratase jamás de sustentarlas, y resolverlas por la fuerza y por el combate; aquella República de sacerdotes venerados, de vestales sacras, de oráculos oídos, de cónsules respetados, de senadores soberanos, de pueblo tranquilo y libre, donde sólo asomaba la dictadura cuando se obscurecía el cielo de la patria y algún peligro amagaba en los horizontes á la diosa Roma. Maldita, pues, la tremenda hora en que surgió el partido socialista, y con el partido socialista la utopia comunera, y con la utopia comunera el proyecto de las reparticiones agrarias, y con el proyecto de las reparticiones agrarias los combates y guerras civiles sin cuento, y con los combates y guerras civiles sin cuento los demagogos sin vergüenza junto á los dictadores sin freno, y al lado de los demagogos sin vergüenza y de los dictadores sin freno los Césares con aspiraciones sin límites, con envanecimientos sin medida, con soberbias sin tasa, con malditas corrupciones sin escrupulo, con el despotismo sin excusa, el cual se levantará siempre sobre las repúblicas trabajadas por la guerra interior y rotas y perdidas en combates y en luchas sin tregua.

Los muerte de los Gracos y el malogro de los problemas sociales trajeron á la larga, sí, pero trajeron al cabo, por desgracia, el fin y muerte de la República. Restauróse la oligarquía, pero esta restauración tuvo que fundarse por necesidad en el abatimiento de

todo un pueblo, y para conseguir este abatimiento é infelicidad suya, se acudió á empobrecerlo y á pudrirlo. Cuanto más estudiamos el mundo antiguo, más claro vemos que su perdición y ruina consistió en su vicio capitalísimo, en su menosprecio del trabajo. Nuestras sociedades modernas, á medida que acrecientan su población, acrecientan sus fuerzas productivas, y la virtud creadora del trabajo viene ocurriendo á la centuplicación de sus necesidades y conjurando la multitud de sus peligros. Pero en Roma, la entrega del trabajo, al siervo envilecía moralmente, y materialmente gangrenaba sin remedio aquella sociedad. La explotación del mundo entero no bastó á mantener un proletariado que, ocioso é intolerante, se disolvía, cuando con sólo trabajar se hubiera fácilmente redimido, salvando el primero de los bienes, su necesaria libertad. Por eso la salud entera de Roma hubiera consistido en resolver tranquilamente, por los medios que aconsejaban las ciencias económicas del tiempo, los problemas sociales; fomentando el trabajo, pródigo y beneficioso, no solamente á causa del bien material que procura y granjea, sino á causa de los bienes morales. Pero la reacción económica redujo al gobierno á la oligarquía de los nobles, sustentada sobre la miseria y la humillación de los más. No pudiendo resolver el problema de la propiedad, vióse obligada y constreñida forzosamente la nobleza para mantener sus privilegios á dar trigo y espectáculos al pueblo. Los dos instrumentos de dominación pública en estado tan triste resultaron Circo y Annona. Era ésta el rico almacén donde se amontonaban los allegados cereales, una especie de gigantesco pósito, y aquél era la plaza, ó elíptica, ó circular en que se daban los diversos juegos. La oligarquía necesitó alimentar al pueblo y divertirlo. Para divertir y alimentar al pueblo tuvo que corromper y explotar al mundo. Esta explotación traía consigo tiranías tan gigantescas, y cohechos tan extremos, y explotaciones tan bárbaras, y despojos de las provincias tan terribles y luchas tan múltiples, y sacos tan continuos, que la tierra entera se pudría de la podredumbre romana, inmenso cáncer extendido por todas partes. Yugurta, el negro monarca nómada, compró tantas veces al pueblo rey, que creyó posible asesinar los rivales suyos en el sagrado recinto de Roma misma, fiado tan sólo en el poder de su dinero. Así los piratas surgían á una en las ondas, los esclavos se levantaban de las ergástulas á guisa de muertos resucitados, los africanos maldecían á la Ciudad Eterna desde sus arenas, y el Rin y el Danubio y los bosques oscuros del Norte, abortaban cimbrios y teutones como si la tierra no pudiera sufrir el poder de aquella diosa que debía regirla y gobernarla tanto tiempo. Necesariamente, de aquí se derivó un predominio militar inevitable, Roma tuvo que darse á un latino semisalvaje llamado Mario, tan sólo porque sabía dirigir tropas y ganar batallas. En efecto, este general extraordinario venció á los cimbrios y venció á los nómadas. Pero sus victorias por tal modo lo enloquecieron, que creyó posible restaurar las embriagueces de Baco y presentarse vestido de púrpura como un tirano en las curias. Latino Mario debía odiar la nobleza romana y en su odio á la nobleza

romana debía favorecer la democracia. Mas para favorecer la democracia necesitaba desplegar altas facultades políticas y Mario no era más que un general pervertido por las embriagueces del triunfo y por las embriagueces del vino. Su falta de talento político trajo la dictadura de Syla y esta dictadura de Syla sembró los gérmenes que debían producir tarde ó temprano el Imperio. Naturalmente, como había en Roma tantas fuerzas luchando, todas estas fuerzas, unas veces vencían y avasallaban á las contrarias, otras veces eran vencidas y avasalladas ellas. Necesitábase mucha resolución para prosperar la democracia, y Mario adoleció de irresoluciones á la continua, más por falta de inteligencia que por falta voluntad. Un hombre, ducho en las artes militares, sitiador de Cartago y Numancia; bastante fuerte para vencer á los númidas y á los cimbriones, para conjurar el simún de los desiertos al Mediodía y el empuje de los tímpanos al Norte; después de haber logrado segar aquellas tribus boreales, cuyos jefes en estatura excedían á los trofeos romanos; después de haber traído atraillados los feroces númidas impidiendo el renacimiento de una Cartago negra, verdadera legataria de la Cartago semita, no supo aprovecharse de tales ventajas ni prosperar la democracia romana, pues impeliendo á los tribunos para que presentaran proposiciones sociales, ó bien las dejó baldías y burladas con escándalo universal, ó bien permitió que murieran sus valedores y amigos á pedradas por mano de aquellos mismos á quienes debían valer y salvar.

Imposible que no aprovechase la nobleza todas las ventajas aprovechables y que no extrajera un grande instrumento para su pro del irremediable y tristísimo estado á que las perplegidades múltiples de Mario habían conducido la romana plebe. Así nació Syla como engendro natural de las grandes aspiraciones aristocráticas. Cualquiera hubiera imaginado aquel hombre venido del Asia, según sus ideas y sus creencias asiáticas, todas ellas basadas en el menosprecio á los pueblos y en la idolatría de la desigualdad y del privilegio. Mientras Mario lo ignoraba todo, Syla conocía los hombres de una mirada y los designaba con un calificativo. Frente á frente del instinto levantábase la inteligencia. Mario no acertaba con su propia vocación y destino, desconociendo así de dónde venía como á donde iba, mientras su contrario llevaba en sí tal herencia de odios, que persiguió y ahogó en sangre á la riente Atenas, tan sólo por creerla cuna de todas las democracias. El jefe de los demócratas era un león, que para lanzarse airado sobre la presa necesitaba verla delante de sí mismo, mientras el jefe de los aristócratas era un tigre que se volvía y se revolvió contra sus enemigos, fascinándolos con sus ojos y atrayéndolos á sus garras. Para no tener embarazo ninguno en su ánimo, ni siquiera llevaba Syla el embarazo de una fe verdadera. Todas las ideas habían pasado en tropel por su conciencia, y todas las ideas se habían á una de su conciencia desprendido, dejándole tan sólo afectos contradictorios y supersticiones confusas. La magia, la hechicería, las adivinanzas sortilégicas, las combinaciones astrológicas: he ahí toda su religión. No creyendo en la verdad, profesaba

por sistema la mentira y fiaba más, mucho más, del engaño que de las rectitudes y lealtades. Aparecíasele como un teatro el mundo y el hombre como un cómico. El mismo poseía todas las artes y todos los afeites de un actor. Este representante último y verdadero de las aristocracias parecía reconcentrar en sí con todos los vicios purulentos y cancerosos, todas las enfermedades crónicas de su gente. La sangre que circulaba por sus venas tan sólo podía, en lo podrida, compararse con las ideas que circulaban por su inteligencia. Esta enfermedad, consustancial con su espíritu y con su organismo, no sólo dió cuenta de él, sino que dió cuenta de su causa. El cuerpo de Syla hedía mucho antes de muerto, descompuesto y enterrado. Y su historia parece por la Providencia escrita para enseñar al mundo la inutilidad y la inania completa de todas las reacciones juntamente con la impotencia irremediable de todos los reaccionarios. Aquel hombre había ensangrentado Atenas y Roma, las dos primeras ciudades del mundo; había puesto la tea en manos de los incendiarios para que abrasasen los hogares de sus enemigos; había cubierto de luto Italia y pisoteádola bajo las plantas de sus sicarios; había roto los fundamentos y bases de toda propiedad; herido los dioses; deslustrado las ciencias; puesto en litigio las ideas más fundamentales y mas primitivas de toda moral, por una reacción, sueño de su vida, objeto de sus ambiciones, pensamiento capital de su inteligencia vastísima, y no se atrevió á restablecer las cnrias, á fortalecer el patriciado, pues, al morir, cubierto de lodo y sangre, salteado por los torcedores de sus remordimientos, vió que su obra se parecía completamente á su cuerpo, devorado por la gangrena y exhalando hedor asquerosísimo, como si fuera, no el cadáver de un hombre, no, el cadáver podrido y descompuesto de toda su estirpe. Dadas estas alternativas en la incertidumbre y perplegidad natural porque iba pasando Roma, nada tan explicable cual ese continuo subir y bajar de los factores que allí coexistían en lucha. Eran los factores tres: el patricio, el pueblo, el caballero. Estaba representado el patricio por Syla, estaba representado el plebeyo por Mario, el caballero debía verse representado por Pompeyo. Como los tres elementos disponían de fuerzas enormes, los tres elementos predominaban alternativamente con más ó menos duradero predominio. El noble tendía, para la defensa de sus privilegios, necesariamente á la dictadura patricia; el plebeyo tendía, para el ataque de estos privilegios, á la dictadura militar. Quién estaba más en lo que ahora se denomina justo medio, quién quería conservar con mayor empeño la tradicional y antigua libertad de los romanos, unida indisolublemente á sus formas parlamentarias, era esta especie de clase media representada por Pompeyo y amiga de la República, del Senado, de los comicios, de la coexistencia entre tantos factores ilustres como allí se habían sumado, produciendo en tal suma la grandeza incomparable de Roma y la religión de sus leyes. No habían tenido poca parte, á la verdad, los caballeros en la corrupción romana y en la romana decadencia. Nacidos entre la plebe y la nobleza, producto medio de las descomposiciones múltiples de ésta y de los